

Jacques Le Goff, 2016 (2014 1ª ed. en francés).  
 ¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?  
 Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 109 p.

1

Estamos habituados a pensar la Historia en términos de períodos, épocas, edades, etc. Sin embargo, si bien es imprescindible cortarla, dividirla para entender la evolución de la sociedad, para enseñarla, o simplemente para tener conciencia del paso del tiempo, este no es un acto libre de subjetividad.

A lo largo de su historia, la humanidad ha pretendido controlar el tiempo para su empleo. Los calendarios obedecen a esa necesidad y han permitido ordenar su vida cotidiana. Pero también ha sido importante para ella tener control sobre su largo pasado, el que se ha organizado –dice el autor del libro que aquí reseñamos– por medio de su parcelación. Es justamente el concepto de periodización el que atraviesa la reflexión que recorre las páginas de este ensayo, aparecido poco tiempo antes del fallecimiento de su artífice.

Las divisiones establecidas tienen, empero, sentidos específicos y por ello constituyen materia de reflexión para el historiador. Así, es habitual que éste escinda su objeto de estudio en etapas, de acuerdo a sus nociones intelectuales o filosóficas que en manera alguna son neutrales: según el momento o en el contexto en que se realicen, estas divisiones lejos de ser inocentes tienen ciertas finalidades o usos atribuidos. Por ello, la periodización “... obra del hombre, es tanto artificial como provisoria. Evoluciona con la historia misma... permite controlar mejor el tiempo

pasado, pero revela al mismo tiempo la fragilidad de esta herramienta del saber humano que es la historia” (p. 25).

En las páginas de esta breve obra, Le Goff se interroga acerca de una nueva corriente historiográfica: la historia global y los desafíos que ella implica para la periodización. Para ello y a los fines de mostrar las dificultades que conlleva la parcelación de la historia, el autor reflexiona acerca de la relación entre Edad Media y Renacimiento y de lo problemático de entender este último como un nuevo período. Argumenta, en cambio, sobre la necesidad de adoptar una periodización más adecuada y sugiere la existencia de una Larga Edad Media con subperíodos o renacimientos plurales dentro de ella, que habría llegado a su fin con el advenimiento de la modernidad, en el curso del siglo XVIII.

A pesar de algunos esfuerzos individuales previos, el autor sostiene que fue hacia el siglo XIV cuando se hizo evidente una nueva reflexión sobre el tiempo. Hasta entonces, los hombres y mujeres de la cristiandad tenían cierto conocimiento acerca de lo trascendente de la aparición de Cristo, momento en que la humanidad había entrado en una nueva era. No obstante, no existió una voluntad de periodizar hasta los siglos XIV y XV, en el curso de la época que fue casualmente la primera en ser definida: la Edad Media.

Fue así –afirma– que los primeros en percibirse como parte de un nuevo tiem-

po fueron algunos escritores y poetas, especialmente italianos como Petrarca. Sin embargo, la expresión “Edad Media” no habría sido de uso común hasta fines del siglo xvii. Y fue hacia el siglo xix, al adquirir la historia su especificidad y convertirse en materia de enseñanza (al menos en el mundo occidental), cuando los historiadores necesitaron sistematizar su división en períodos para entenderla y transmitirla. Asimismo, desde la Edad Media, la división más empleada era la que señalaba la existencia de antiguos y modernos, que definía las dos grandes fases de la historia. Desde el siglo xix, primó la oposición entre un Renacimiento de las luces y una Edad Media de oscuridad, en cuya relación –como señalamos– se centra el autor en el abordaje propuesto.

A inicios del siglo xxi –dice Le Goff–, el Renacimiento sigue dando de qué hablar a los historiadores tanto como en el xx, y en general en términos elogiosos. Él cree, sin embargo, que aquél no representa un período particular: se trataría desde su punto de vista, del último renacimiento de una larga Edad Media. De modo tal que, a través de un recorrido por diversas innovaciones en ámbitos como el arte y la arquitectura laica, Le Goff demuestra cómo la Edad Media fue menos *oscura* de lo que se ha pretendido y cómo el Renacimiento vio, por ejemplo, el origen de la brujería. La bruja es, por tanto, un producto –dice– de este pretendido tiempo de esplendor.

Quienes entienden que el Renacimiento es un período específico sostienen, para fundamentar su postura, que han sido decisivos algunos sucesos que tuvieron lugar entre los siglos xv y xvi, ta-

les como el descubrimiento de América, la sustitución de la religión cristiana unificada por la división de la fe y la consolidación de la monarquía absoluta. Le Goff, en cambio, afirma que estos hechos no marcaron un antes y un después y que debemos ubicar el fin de la larga Edad Media a mediados del siglo xviii, correspondiéndose con los progresos de la economía rural advertidos por los fisiócratas, la invención de la máquina de vapor, el nacimiento de la industria moderna en Inglaterra y la transformación política que representó la Revolución francesa en su carácter de movimiento antimonárquico. Finalmente, en materia de pensamiento, la *Enciclopedia* representa para el autor la introducción del pensamiento racional y ateo: la modernidad tendría en ella su manifiesto intelectual.

A través del itinerario propuesto, Le Goff muestra, además, la dificultad de aseverar la existencia de un divorcio entre ambos períodos, y más aún, señala las continuidades existentes. Ni siquiera cree que la llegada de los europeos a América deba ser considerada una ruptura, puesto que –como afirma– no sería hasta mediados del siglo xviii cuando empezaron a sentirse en el viejo continente las principales repercusiones. Tal es así –sostiene– que los efectos concretos y cotidianos de los grandes cambios (en la alimentación, en el comercio, en la economía) pueden recién advertirse a mediados del siglo xviii.

En suma, si bien la historia y el tiempo son algo continuo, el autor reconoce la necesidad de establecer divisiones para poner de manifiesto los cambios que se imbrican en esas persistencias de más largo aliento. De allí que, en un juego que da

cuenta de cambios y continuidades, nos invite a percibir de una nueva manera los costados menos *oscuros* de la Edad Media y una especificidad menos decisiva del Renacimiento. Desde la lente con la que el autor mira el devenir de la historia, éste no sería sino el último subperíodo de una extensa Edad Media. La periodización, necesaria para explicar y enseñar la historia y para tener cierto control sobre un tiempo que evoluciona, debe utilizarse con una mayor ductilidad de modo que permita un uso flexible, especialmente desde que la mundialización de las culturas y la descentralización de Occiden-

te se ha puesto en entredicho. Se puede y se debe –dice– conservar la parcelación de la historia. Gracias a ella, se entiende la forma en que se organiza y evoluciona la humanidad, en la duración y en el tiempo. Pero debe ser un campo de estudio y reflexión para los historiadores contemporáneos.

Por medio de este libro, nacido en un contexto en que los efectos de esa mundialización se hacían más tangibles, Le Goff procura poner sobre la mesa reflexiones y concepciones acerca de las continuidades, las rupturas y las formas de pensar la memoria histórica.

*Yolanda de Paz Trueba*

Universidad Nacional del Centro / CONICET